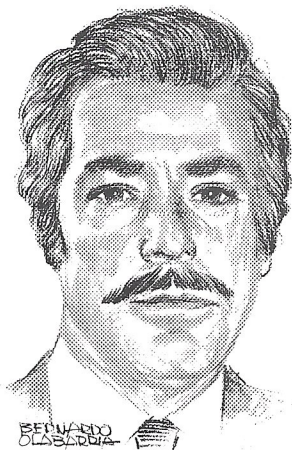


SOCIOLOGIA

La crisis y Europa

JUAN
DÍEZ
NICOLÁS



Juan Díez Nicolás
es catedrático de Sociología
de la Universidad Complutense
de Madrid y
presidente de ASEP

Resulta inevitable, en estos días, hablar de la crisis. Pero, incluso en un breve comentario como éste parece también obligado hacer un pequeño análisis del por qué y hasta cuándo durará, aunque puede anticiparse que uno se encuentra con más interrogantes que respuestas.

En primer lugar debe recordarse que ya desde comienzos de la década de los años '70 se abandonó el optimismo desarrollista de la década precedente y, desde una perspectiva científica se anunciaron tiempos peores. Los límites al crecimiento, de Meadows, confirmados por la primera crisis del petróleo de 1973.

Desde entonces, la inflación y el paro han sido problemas que, en mayor o menor grado, han amenazado con un freno al crecimiento económico e incluso con el peligro de la recesión. Todos los informes mundiales con un mínimo rigor científico se han referido a la secuencia de problemas previsibles para el mundo en su conjunto: alta tasa de crecimiento de la población, mayor presión sobre los recursos naturales y por tanto escasez, deterioro del medio ambiente, reducción en la calidad de vida, incremento de las desigualdades sociales y económicas dentro de cada país y entre países, incremento de los conflictos dentro de cada país y entre países, y mayor probabilidad de recurrir a soluciones autoritarias para la resolución de los conflictos.

Los acontecimientos de las dos últimas décadas, las de los años '70 y '80, no han sido tan sombríos como la simplificada relación de criterios que se habían anticipado. No obstante, tampoco puede negarse que se acercan bastante a lo que realmente ha sucedido, especialmente cuando se contemplan los posibles efectos de esta **tercera crisis del petróleo** iniciada en agosto de 1990.

Pero, con independencia de las grandes tendencias subyacentes y a medio/largo

plazo, deben también plantearse algunos interrogantes.

Por ejemplo, desde los años '60 se inició un proceso de revitalización de la vieja **Europa**, que a pesar de todos los obstáculos parece haber recorrido un largo camino de integración no sólo económica, sino también política, con una importante "meta volante" en 1992 (**Acta Única**) y una cada vez más próxima "meta total" de unidad política completa.

Y, curiosamente, **Europa** es la región desarrollada que más sufre los efectos de cada crisis. Así, la de 1973 tuvo sus peores efectos sobre **Europa**, y no sobre los **Estados Unidos** o **Japón**. El desmoronamiento del bloque del **Este** lo va a pagar sobre todo **Europa**, en un doble sentido: por la ayuda directa que habrá que prestar a estos países para que no lleguen a la conclusión de que su nivel de vida ha empeorado a causa de la democracia, y por la ayuda que dejarán de recibir muchas regiones menos desarrolladas en **Europa** (algunas de ellas en España). Y esta nueva crisis de 1990, la del **Golfo**, parece que vuelve a incidir de manera especial sobre **Europa**.

En efecto, de momento, la subida en el precio del crudo vuelve a hacer rentable la explotación de ciertos yacimientos (especialmente en **Alaska** y **Texas**), por no hablar del negocio de las armas, que vuelve a cobrar interés después de su aparente disminución por el final de la guerra fría.

Puede que esta coincidencia recurrente en que **Europa** pague los "platos rotos" cada vez con mayor frecuencia e intensidad, y coincidiendo generalmente con cada avance hacia la unidad política y, por tanto, hacia la consolidación de una gran potencia mundial, sea fruto de la casualidad. Pero, ¿es descartable la casualidad?. En este caso, un pequeño "baile" de letras, constituye un factor de la máxima importancia. Como suele decirse ahora, "mantengamos la atención ante la pantalla".